



Dan Fante

FANTE

UN LEGADO DE ESCRITURA, ALCOHOL Y SUPERVIVENCIA

Traducción de Federico Corriente



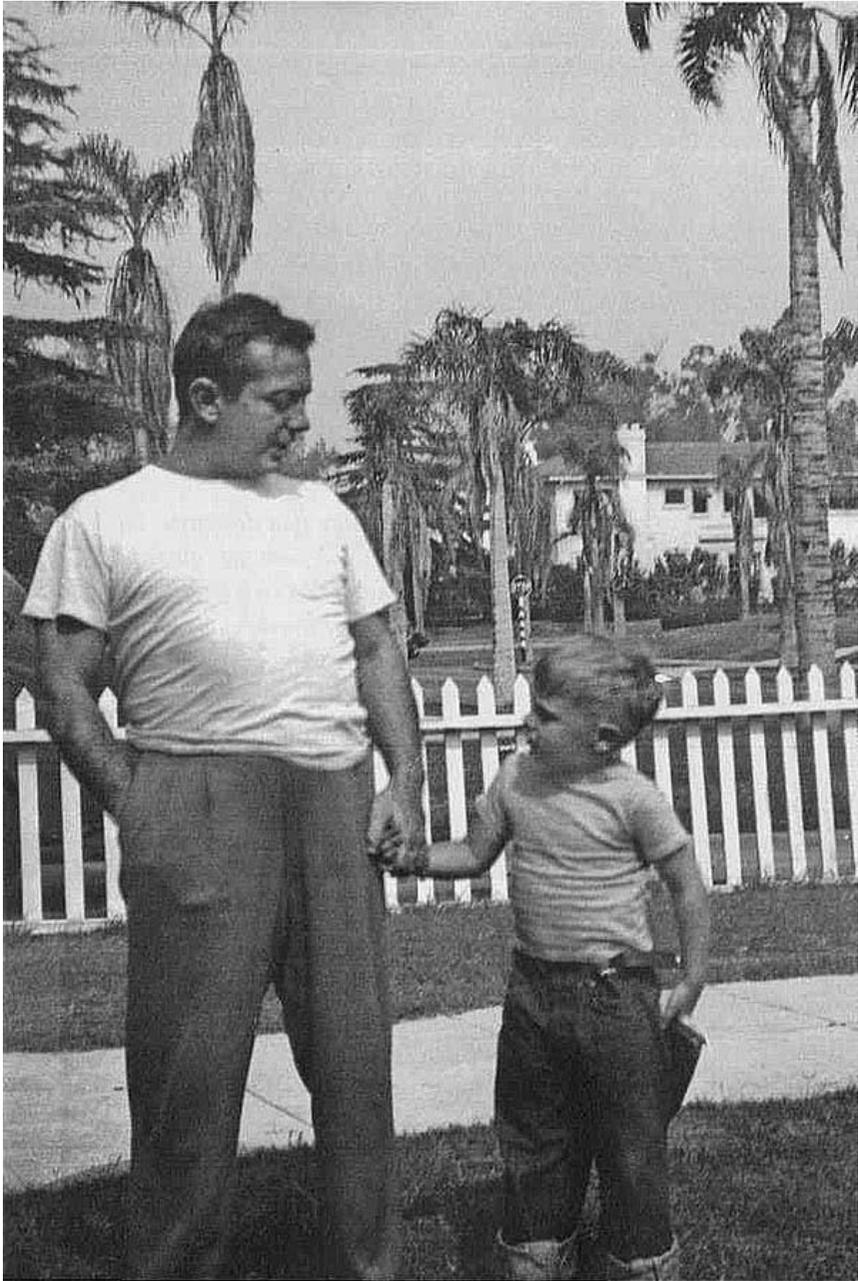
Las vidas de John Fante y de su hijo, Dan Fante, son muy distintas pero muy parecidas en lo esencial: su pasión por la escritura y su debilidad por el alcohol. En «Fante. Un legado de escritura, alcohol y supervivencia», Dan Fante traza la historia familiar desde el sur de Italia hasta los barrios de inmigrantes de Colorado y Los Ángeles, donde un joven John Fante empeñado en escribir novelas lucha para conseguir reconocimiento literario, hasta que harto de no obtenerlo sucumbe a los suculentos cheques que el Hollywood de la época dorada le entrega a cambio de sus guiones. Un padre, John, amargado por el fracaso de su vocación y con un carácter explosivo; y un hijo, Dan, descubridor precoz de la mala vida que a los veinte años escapa de las tensas relaciones familiares huyendo sin un céntimo a Nueva York, son el eje narrativo de unas memorias en las que Dan Fante imprime el ritmo de sus novelas. En Nueva York seguiremos a Dan en su carrera de trabajos extravagantes y hazañas alcohólicas, de la que solo será rescatado, veinticinco años más tarde, por la escritura.

Para John y Joyce Fante.

*Todos los demonios han desaparecido,
son poco más que ecos
en una habitación recién pintada.
Todo lo que queda es mi amor.*

Joyce y John Fante, mucho después del fin del huracán. Al final fueron buenos amigos.

© John V. Fante



Mi padre y yo en la casa de Los Ángeles en 1949 o 1950. Recuerdo que llevaba una pistola de plástico con fulminantes en los pantalones, que papá me quitó y tiró al césped justo antes de que se tomara la foto.

Nota del autor

Este libro no es una obra de ficción. Los sucesos y las experiencias pormenorizados aquí son reales y los he plasmado tan bien como he podido recordarlos teniendo en cuenta que padecí alcoholismo activo durante muchos años. He alterado algunos nombres, identidades, circunstancias y cronologías para dar mayor cohesión a la narración o por respeto a la intimidad de los individuos afectados. Otros examinaron el manuscrito para confirmar su versión de los acontecimientos.

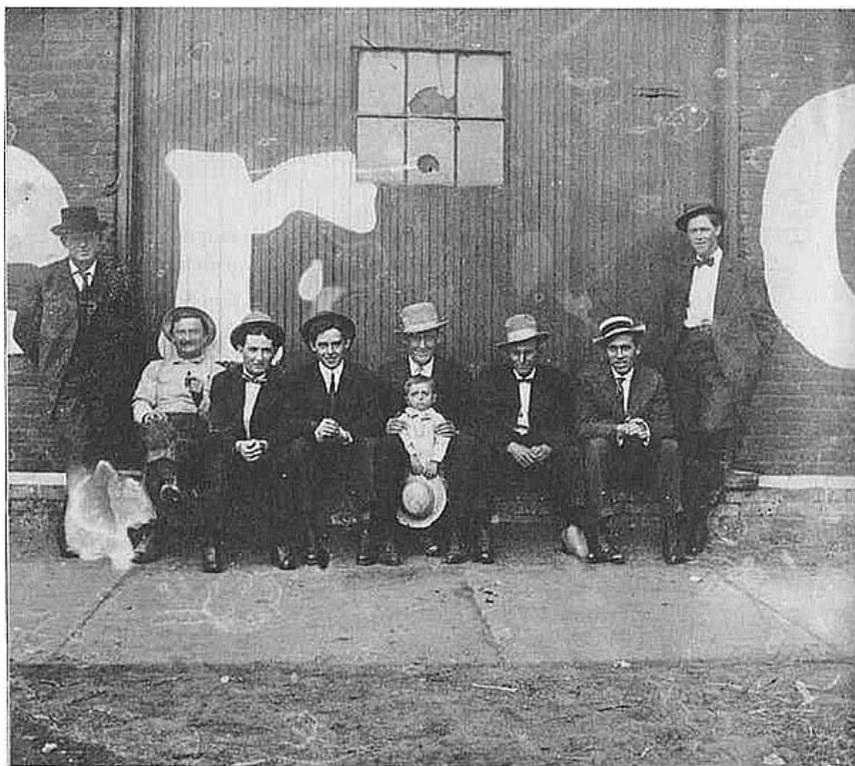
Mi vida ha sido intensa. En aras de la brevedad, no he incluido todos los matrimonios, novias, detenciones, empleos y palizas; solo los más interesantes.

*No es la carne y la sangre, sino el
corazón lo que nos hace padres e hijos.*

FRIEDRICH VON SCHILLER

*El que no está ocupado naciendo
está ocupado muriendo.*

BOB DYLAN



Mi padre con los paisanos del suyo en Denver, sacerdotes todos. Nick Fante es el segundo por la izquierda.

Capítulo 1

DE ITALIA A NORTEAMÉRICA

El invierno llega pronto a los Abruzos italianos. La tierra queda cubierta por la nieve durante meses. Las pocas labores de cultivo que permite este territorio rocoso se hacen imposibles. Los escasos viñedos marchitos y olivares que salpican el paisaje tienen que aguardar el regreso del sol durante meses. Los hombres como mi abuelo, Pietro Nicola Fante, jóvenes malencarados y ariscos de la aldea de Torricella Peligna, tenían que aprender un oficio que no fuera la agricultura para poder sobrevivir. Nick odiaba el frío y a los agricultores porque pensaba que no tenían valor para buscarse un oficio más interesante, y les escupía cuando iban a sus campos en sus carros de caballos. Así que mi abuelo se hizo albañil.

Cuando hacía demasiado frío para trabajar en la construcción, el joven Nick pasaba las noches en una de las dos tabernas de la calle principal del pueblo. No tenía novia ni fama de extrovertido, así que bebía y jugaba a los naipes hasta muy entrada la noche. Él y sus paisanos pasaban esas frías noches contando historias, cuentos que les habían contado sus padres y los padres de sus padres, mientras soñaban con marcharse de Torricella Peligna a cualquier otra parte. Y con cada historia y cada nuevo vaso

de *grappa*, los caballos y los jinetes se volvían más fieros, y las batallas de los bandidos que defendían la monarquía española se hacían más sangrientas, hasta que finalmente los recitados se convertían en fábulas y sus héroes se transformaban poco menos que en dioses.

Cualquier otra parte resultó ser Argentina. Una fría mañana de primavera Nick decidió que ya estaba harto de padecer miseria en Torricella Peligna, se incorporó a un convoy de mulas y atravesó el duro puerto de montaña que conducía a Nápoles. Había jurado coger un barco. Lo hizo a finales de la década de 1890, y según cuentan, en menos de un año el abuelo contrajo una infección ocular y se quedó ciego. Tuvo que volver a Italia, donde una gitana local conjuró y declaró que si bañaba sus ojos en el Adriático en determinada fase lunar o algo por el estilo, quizá se curaría. De algún modo el inverosímil milagro se produjo, y pocos meses más tarde aquel mierdecilla irritable decidió volver a probar suerte con las travesías marítimas. Esta vez el buque en el que zarpó iba rumbo a Norteamérica, donde esperaba encontrar a su padre, Giovanni, que había emigrado a los Estados Unidos unos años antes.

En 1901, el control de la inmigración de Ellis Island estaba a cargo de irlandeses que habían escapado de su propia miseria y hambre varias décadas antes. Muchos de aquellos trabajadores pobres vivían ahora en Nueva York y, por desgracia para Pietro Nicola Fante, que llegó allí un 3 de diciembre, trabajaban como empleados públicos.

Cuando entró en los Estados Unidos, el abuelo Nick llevaba pasaporte e iba provisto de una absurda carta de la tía de Giovanni en la que ponía que su papá era propietario de una próspera fábrica de pasta en Colorado. El abuelo apenas hablaba unas palabras de «americano» y pasó un mal rato cuando se enfrentó a los irlandeses de inmigración. Aquellos funcionarios se entretenían desfigurando los nombres de los recién llegados no anglófonos. Los que peor parados salían eran los europeos del este,

los judíos rusos y los italianos. Horowitz se convertía en Harris. Apellidos italianos como Petracca se convertían en Peters. Sporato se convertía en Stevens o en Smith. Mastriano en Martin. Cosas así.

Cuando el abuelo Nicola llegó por fin al primer puesto de la larga fila, los chicos de inmigración decretaron que su apellido iba a pasar de Fante a Foy, o algo semejante. Acto seguido, según cuenta la historia, con sus limitados conocimientos del idioma local, por medio de la traducción y de una torpe sintaxis americana, se negó. Como sacudir la cabeza y hacer gestos con las manos no daba resultado, a la discusión le siguió una pelea que terminó con varios guardianes de Ellis Island abalanzándose sobre el abuelo y humillándolo. Finalmente, un capitán ya harto intervino y decidió permitir que el joven impetuoso conservara su apellido. Fante consiguió seguir siendo Fante.

En Nueva Jersey, los parientes de Nick le comunicaron que su papá, al que habían perdido la pista desde hacía mucho, se había establecido en Denver o en Boulder. Fue entonces cuando supo la verdad acerca de Giovanni. No era el próspero dueño de una fábrica. No había triunfado en nada. Trabajaba de afilador en un patio de maniobras ferroviario. Así que mi abuelo hizo el viaje de Nueva York a Denver, y a Boulder, Colorado, y se puso a buscar durante varias semanas en los barrios italianos de ambas localidades hasta que, por fin, en una taberna italiana de Denver, con su etiqueta roja de inmigrante todavía colgando de una cuerda que llevaba alrededor del cuello, Nick preguntó a un camarero si se había topado alguna vez con alguien que se apellidara Fante. El tabernero maldijo en italiano e indicó un vestíbulo que había al fondo. Allí, sobre un lecho de periódicos, yacía el padre de mi abuelo, borracho y sin un céntimo. Nick lo sacudió hasta despertarlo. Cuando abrió los ojos, el papá de Nicola pronunció las primeras palabras que intercambiaban en diez años. Le dijo en italiano:

–Dame un dólar, chico, necesito una copa.

Mi abuelo era un albañil cualificado, pero antes de poder ejercer su oficio en Colorado tenía que mejorar su inglés. Así que desempeñó empleos de ínfima categoría, cualquiera que pudiera conseguir. Y por supuesto, siguiendo la tradición familiar, cuando podía, bebía más de la cuenta. Y cuando el abuelo se había tomado unas copas de más, solía perder los estribos y luego la cosa acababa en pelea.

Al cabo de un mes o dos viviendo en una pensión en Denver, Nick derramó la sangre de dos irlandeses. Ahora hablaba varias palabras más de inglés, aunque no las suficientes para mantener una conversación como es debido. Una noche, en un bar, dos hijos de la Isla Esmeralda con unas cuantas copas de más encima, camioneros fornidos y duros de pelar, cometieron el error de llevar a mi abuelo, que estaba borracho, hasta un banco de nieve y robarle los pantalones. Por lo visto la broma les hizo gracia a los beodos irlandeses, pero cuando Nick volvió en sí y regresó al bar, a uno de ellos lo golpeó en la cabeza con una botella y al otro le arrancó la oreja de un mordisco. Nick fue un hombre rencoroso toda su vida, y no olvidaba jamás un desaire o una humillación. Incluso cuando tenía más de setenta años, solía pronunciar la palabra «americano» *a-merda-di-cane*, que en italiano significa «mierda de perro».

Al día siguiente el abuelo compareció ante los tribunales. Lo condenaron a setenta y dos horas en el calabozo y a una multa de tres dólares.

El nombre de soltera de mi abuela era Capolungo. Nació en Chicago y sus padres eran de Potenza, Italia. De niña, Mary Capolungo había estudiado para monja y fue tenaz en su devoción hasta el día en que clavaron el último clavo en su ataúd. En un principio, Nicola se quedó prendado de la hermana de la abuela, pero cuando aquello no cuajó, se conformó con Mary, que era más hogareña.

Durante los últimos años de vida de la abuela, cuando yo era un niño y ella vivía con nuestra familia en Malibú, si no estaba interrogando a mi viejo acerca de su ausencia de casa por tres días de correrías, andaba musitando avemarias sin parar aferrada a su omnipresente rosario.

Por lo visto, dirigió sus interminables novenas a la Santa Virgen hacia la antena equivocada. Nicola Fante nunca dejó de ser un tipo agresivo, un padre espantoso y una nulidad como marido. Después de que se casaran en Colorado, la abuela se embarcó en una odisea de cincuenta años para reunir el dinero con el que pagar el alquiler y las fianzas. John Fante siempre mantuvo que durante sus últimos veinte años de matrimonio, las únicas tres palabras que su padre le dijo a su madre fueron: «¡CIERRA EL PICO!».

Andando el tiempo, el inglés de Nick Fante mejoró, y al cabo de cinco años en Norteamérica y de ejercer una docena de empleos ínfimos para mantenerse, empezó a trabajar como albañil. La familia se estableció en un área italiana de Denver. Muchas de las iglesias y edificios escolares construidos por Nick Fante en Colorado y en el norte de California siguen en pie. A mi abuelo siempre le pagaron bien, pero debido a su consumo de vino y sus lamentables facultades como jugador de póquer, la familia siempre estaba endeudada. Todo lo que ganaba como contrastista lo perdía o se lo bebía. Así que llegaba a acuerdos – soluciones de compromisos para saldar deudas– con monseñores, presidentes de consejos escolares y propie-